

El bueno, el feo y el malo

Sólo falta la música de Ennio Morricone. Pero evidentemente es de película. De película de buenos, feos y malos, claro. Dios me libre de decir quienes son para mí los unos, los otros o los de más allá. Aunque bien querría que la sesión cinematográfica tuviese un *The End* cuanto antes. Porque hay salas de proyección que no gozan de suficientes garantías de seguridad como para que se puedan quemar banderas en ellas, a patio de butacas repleto.

Es que son como niños. La cinta comienza en Madrid. Un plano corto de La Cibeles y una sonrisa beatífica del más tierno de los alcaldes. El feo se mueve de un lado a otro, con más diligencia que un agente comercial. El protocolo, para los ilustres visitantes, se convierte con los nervios en protocolo. La boca a veces se dispara. Ya lo sabemos todos. Quien pueda tirar la piedra que lo haga. A veces uno se siente protocolado sin tener necesidad de ir a Madrid. El palo en el carnet de identidad que practican algunos exclusivistas duele también lo suyo. Por eso uno no puede dejar de pensar aquello de donde las dan las toman. Con o sin protocolo.

Lo que ocurre es que cosas así se piensan cuando se impone la sinrazón de la carne. Cuando el espíritu se pone en marcha es otra cosa. Entonces uno no puede por menos de lamentar que haya feos en tan altos cargos. Feos que sean capaces de faltar al respeto a una personalidad que en su propia autonomía ostenta rango y cargo de respeto. Nadie se merece que lo protocolen en Madrid. Ni siquiera para que se entere de lo mal que sienta, y del rifirrafe que hace en el estómago, que a uno lo protocolen en Catalunya quienes se han llegado a creer que los no nacidos aquí, fuera de las campañas electorales, sólo somos el negrito bueno. Bueno mientras calles y no aspire a nada más que a trabajar como un idem, lamiendo manos autonómicas supuestamente centro izquierdistas. Que es un decir que ya no se cree nadie a estas alturas.

Alo que íbamos. El feo pudo muy bien guardar su exabrupto para mejor ocasión. Ocasión que a un hombre que anda tan cerca del presidente no debería presentarse nunca. Un feo de tal naturaleza tiene la obligación de no ponerse nervioso aunque sus ilustres visitantes se den codazos unos a otros para salir en las fotos. Ni siquiera aunque el protocolo resute dañado. Al fin y al cabo estamos en campaña electoral y es ló-

gico que se quiera rentabilizar la obra pictórica de un genio de la tierra. Además estaba a punto de llegar el Rey. Y ese sí que lo es de todos los españoles. También ellos tenían derecho a estar cerca de él. En la medida que se sienten españoles, claro...

Uno debe guardar un par de protocolos para gastarlos en toda su vida. No deja de ser sano mandar a protocolar a alguien alguna vez en la vida. Pero en modo alguno deben gastarse esas contadísimas ocasiones, que suelen dejar al ánimo tan sereno y el espíritu tan satisfecho, en unos ilustres visitantes. El anfitrión no puede, no debe faltar al respeto de su vida. Eso es una grosería. Una grosería que debería bastar para que quedara patente la incapacidad de un feo para ostentar un guapo cargo. Este es el prisma de la cuestión.

Otra cosa es que luego se calienten los ánimos hasta el punto de que ¡Oh casualidad!, unos jóvenes punks se venguen del feo de la película quemando la bandera de la confederación y hasta haciendo tabla rasa de un cuartel ello de los chicos del bueno, que no llevaban mucha vela que digamos en el entierro. No deberían los ofendidos de la película incitar los ánimos hasta el punto de que lo que en los madriles sólo fue una imperdonable grosería aquí en Barcelona, en plenas Ramblas y en día tan de paz y alegría como el de Sant Jordi, se convirtiera en una ofensa. Imperdonablemente para muchos millones de bien nacidos. Las guerras de las banderas nunca conviene encenderlas. Porque es algo así como dar palos en el carnet de identidad a la gente. Y eso duele ¿sabe usted...?

Cuando una bandera arde algo de uno se quema. Con las banderas no se juega. Ni con unas ni con otras. Ni siquiera esperando que el cimborrio y la humareda le beneficie a uno electoralmente. Soplar el fuego puede tener malas consecuencias. Y las está teniendo. Dicen los datos a las encuestas y prospecciones electorales que las opciones solo nacionalistas están bajando puntos en cuanto a intención de voto de la gente. A nadie, o a muy pocos, les gusta ver arder banderas. A casi nadie le atraen los radicalismos a estas alturas. Ni siquiera cuando los alientan aquellos que se creen Catalunya ellos solitos y sin querer compartirla con nadie. Ni el radicalismo que surge del aprovechamiento de una grosería como la del feo madrileño. Gobernar no es dar mantazos al aire. Es algo muy serio. Sino está uno muy seguro de ganar, hay que pensar que por algo

será. Y no tratar de enfrentar a dos comunidades culturales y lingüísticas pensando en sacar unos votos más de la urna. Hay intereses superiores. ¿O no se han dado cuenta todavía algunos de nuestros impresentables politicastos?

Quizás si en vez de practicar algunos ese estilo excluyente que han practicado en ocasiones hubieran puesto en marcha otro más integrador, no tendrían necesidad de encender banderas para despertar los ánimos y recordar que hay que luchar contra alguien, como única razón de comparecencia en la palestra política. Otras opciones, tan respetables como la de los ofendidos en Madrid por no decir más, no tienen necesidad de que ardan banderas de ninguna clase para afirmarse y buscar adeptos. Porque hay que decirlo. Frente a un estilo excluyente, hay otro integrador, que no ofende a nadie sino que uno siente ganas de caminar junto a él.

Frente al ardor excluyente de los místicos existe otra postura integradora de quienes razonan y saben que hay que tener visión de Estado si hoy se quiere permanecer seriamente en política. Somos ya muchos quienes hemos dado cuenta exacta de ello en esta Catalunya nuestra. Tan nuestra como la de cualquier otro ciudadano de Catalunya. Nuestra porque la ganamos día a día y ella nos gana a nosotros. A fuerza de amor y trabajo. De convivencia y comprensión. De amistad y compañerismo. De no sentirnos extraños, porque se nos trata y se nos mira de igual a igual y no con la condescendencia de la prepotencia y el orgullo. Es la postura de quienes son capaces de amar la bandera cuatribarrada y la bicolor. El catalanismo que da vida y esperanza, mientras el otro asusta, asquea y entenebrece la perspectiva de futuro en paz y convivencia.

Y ese catalanismo integrador, siento decirlo en plena campaña electoral, no es evidentemente el que representan los que circulan en la calle política por la derecha sino el de quienes lo hacen por la acera de la izquierda. ¿Se dan cuenta señores exclusivistas de toda y el todo de Catalunya, a que reflexiones pueden llevar a un elector la visión de una bandera ardiendo? Pues sigan ustedes sin echar agua al fuego, haciendo de bomberos después de haber hecho de pirómanos y verán como de estas reflexiones se encontrarán cada día más.

Francisco MORA

